

Valoración y uso de los vestigios de la antigüedad en la valencia del renacimiento

Luis Arciniega García

Correo Electrónico: Luis.Arciniega@uv.es

Institución: Universitat de València

Mesa: Memoria del Pasado

En el Renacimiento italiano se consolida de manera decidida la toma de conciencia de un patrimonio histórico-artístico legado, aunque prácticamente sólo se atiende a los vestigios romanos, que son testimonio del pasado, y modelo para el presente. La atención erudita por el mundo clásico trajo consigo un aumento de la inquietud arqueológica, material o literaria, que persigue el análisis a través de los restos más visibles y monumentales, pero también de los epigráficos y numismáticos; de los repertorios de dibujos de obras de la antigüedad y otras que compartiesen sus principios; de los tratados, principalmente a partir del Vitruvio; y de la pasión por el coleccionismo. Las ruinas eran una prueba visible de la *Virtus* romana que había hecho de la capital la dueña de gran parte del mundo, y por extensión se convirtieron en moda cultural de las elites y referencia a los inicios del cristianismo, y su interés fue en gran medida atendido a través de la imprenta.

Los príncipes, pero también las familias, las órdenes religiosas y los pueblos y ciudades encuentran en los libros una vía propagandística de glorificación, que muchos autores transitaron con la esperanza de encontrar protección a sus proyectos y un modo de subsistencia. En las primeras décadas del siglo XVI, desde la redacción impresa de una conciencia histórica, se asiste en tierras valencianas a la construcción de la memoria de sus principales linajes, ciudades y reino, que perseguían enraizarse en un pasado clásico, legendario, de "reconquista", antiguo, incluso bíblico, que en definitiva salvase el paréntesis islámico. Un hecho que redundaría en la preocupación por los vestigios que dieran cuenta de aquél.

Ya desde época medieval, en una parte significativa de las acciones de rapiña y reutilización de piezas, además del abaratamiento de costes y la mera admiración por el objeto en sí, lo que obviamente también existió durante el dominio islámico, se aprecia el deseo de enlazar con un pasado clásico, e incluso cristiano por la evocación de sus inicios: el martirio. En este sentido, destacamos el uso de inscripciones romanas en obras municipales. Los nuevos pobladores cristianos dispusieron de algunas referencias físicas en algunos centros urbanos, y abrumadoras en la antigua Saguntum, que pasó a ser conocida como Murviedro en referencia a sus viejos muros. Bajo diversos estímulos e intereses algunos hombres intentaron salvar todo lo posible de una época, al menos, distinta. Una actitud que se extendió desde el Renacimiento, cuando la Antigüedad se convierte en modelo de una de las principales corrientes culturales. Entonces, frente a un pasado próximo que evocaba la confrontación, lo opuesto, se buscó en uno más lejano una tradición no contaminada. Bien porque había quedado oculta, bien porque siempre se mantuvo cristiana.

Lejos de un valor único ante este legado se adoptaron actitudes muy diversas y oscilantes, y por consiguiente usos dispares. Por esta razón, analizamos los estudios y manifestaciones que ahondan en el conocimiento del pasado, y más concretamente en los vestigios clásicos. Ante la evidencia de la escasa y fragmentaria pervivencia de éstos se constataba la enorme pérdida sufrida, lo que en numerosas ocasiones condujo a otorgarles un tono mítico e histórico de legitimidad, y fue utilizado en la recreación y construcción histórica. Pero también abordamos con detalle su destrucción por aquellos que los consideraban manifestaciones paganas. El caso más elocuente en este sentido fue, como señaló el cronista Gaspar Escolano, el uso de lápidas y otros fragmentos de la antigüedad en los cimientos del puente de Serranos de Valencia, a instancias de Juan de Celaya o Salaia, rector de la Universidad de dicha ciudad de 1525 a 1558. Un hecho que el erudito y crítico historiador fray José Teixidor tildó de fábula, corroboró Jaime Villanueva, y han mantenido recientes historiadores. Por el contrario, en nuestra opinión, todas las razones argumentadas para descalificar la noticia pueden rebatirse. Salaia y su defensa de la ortodoxia religiosa tuvo una gran impronta en la Universidad, pero también en la producción literaria y científica a través del control inquisitorial, e incluso de modo extenso en la sociedad a través de su asesoramiento a la municipalidad. Sólo a partir de la década de los cuarenta su poder declina, y es en estos momentos cuando aparecen publicaciones de autores valencianos sobre filología bíblica y estudios clásicos.

La intransigencia frente a los considerados signos paganos pudo continuar en el corto arzobispado de Martín Pérez de Ayala, pues en el concilio provincial de 1565 se juzgó indecente que inscripciones profanas ocupasen lugar sagrado y eminente. Tal vez, la temprana muerte del arzobispo y de su sucesor Fernando de Loaces en 1568 limitaron la acción, y por esta razón fue probablemente el prelado fray Isidoro Aliaga, arzobispo de Valencia de 1612 a 1648, quien, por los principios citados, mandó picar y borrar tres de las inscripciones romanas que estaban en la Catedral. De este modo, a las destrucciones de

obras romanas y altomedievales durante época islámica siguieron otras en época cristiana, incluso en los momentos de gran admiración y estudio a cargo de un selecto y reducido grupo de hombres.

A partir del último cuarto de siglo XVI, un período más dogmático y menos abierto al experimentalismo, pero receptivo a los modelos italianos, al coleccionismo y a la creación de grandes bibliotecas, se aprecia el deseo de desgranar la fábula de la historia, y de construir ésta con la integración del pasado de modo más reflexivo. Así lo permitían sin temores la seguridad que proporcionaba en el ámbito público los férreos límites contrarreformistas y el ejemplo de cristianización de lo antiguo que se elaboró en el ámbito cortesano, donde la exégesis bíblica pretendía legitimar la arquitectura grecolatina en un supuesto origen hebreo, bíblico o divino. Por otra parte, la destrucción de imágenes que asoló los países protestantes, pudo suponer un estímulo hacia la actitud contraria, no sólo piadosa respecto a los objetos de culto como promulga el decreto *De invocatione, veneratione et reliquiis Sanctorum et sacris imaginibus* de 1563, sino culta respecto a los vestigios, que alcanzan un valor civilizador.

En el periodo citado declina el recelo hacia el humanismo de los primeros años, y de manera amplia se aprecia en el ámbito hispano. Por un lado, en las actitudes de Felipe II y algunos grandes personajes de su corte, como Ambrosio de Morales. Así como en la integración de las obras del pasado en los nuevos proyectos auspiciados por regidores ilustrados, como sucedió en Tarragona, Sevilla... Unas ideas que en Valencia fueron realmente importantes en época medieval y vuelven a arraigar de manera firme a través del Patriarca Juan de Ribera, arzobispo de Valencia desde 1569 hasta su muerte en 1611, y que desplegó en sus principales proyectos contrarreformistas, como el Colegio del Corpus Christi, donde las piezas artísticas clásicas, y los criterios anticuarios desempeñan un papel principal. Y a mediados del siglo XVII llegaron a su culminación con la disposición cara vista de algunas de las relevantes inscripciones que se encontraron al excavar los cimientos de la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados.

La exposición, en estas líneas sólo esbozada y de la que se ha excluido ejemplos y argumentaciones, contiene también referencias a la valoración y usos de lo medieval en la época que centra nuestro interés, para de este modo establecer un análisis comparativo, y mostrar así la riqueza de estímulos que se agolparon, y por lo tanto diversidad de lecturas que se sucedieron, como lo evidencia la propia creación artística de los siglos XVI y XVII.